PEGASO

Montevideo, Mayo de 1924. N.º 71 — Año VIII.

MARIA EUGENIA VAZ FERREIRA

La noche ha corrido la cortina tras breve amenaza. La mano invisible lo dispuso con un rencor escondido, antes de que llegara la tarde, y sin darnos tiempo para concitar contra ella las fuerzas ignotas. María Eugenia Vaz Ferreira, la poetisa vibrante y bohemia, que fué como la alondra de las musas nativas, se ha ido para siempre, quemada en el ardor de su llama, que aún palpita y se estremece como una antorcha desflecada...

PEGASO rendirá el número próximo a su memoria y hará por que, en la pobreza de su homenaje, ardan los siete candelabros de la vida...

Con el

31. Las hojas que en las altas selvas vimos
Cayeron, ¡y nosotros a porfía
En nuestro engaño inmóviles vivimos!

se cierra esta parte de la Epístola. La conclusión es inmejorable por la discreta antítesis de los pensamientos y el suave ritmo que remeda eficazmente la caída de las hojas.

¿Qué debe hacer Fabio, mientras las glorias se esfuman y las estaciones pasan? ¿Qué hace, ínterin, su amigo y consejero? Este nos lo dirá en varios tercetos que constituyen otra parte importante de la obra.

32. Temamos al Señor que nos envía
Las espigas del año y la hartura,
Y la temprana pluvia y la tardía.

El latinismo de *pluvia* por *lluvia*, no encubre la filiación hebraica, después cristiana, del consejo. En el Antiguo Testamento, leemos:

"Dará él a vuestra tierra la lluvia temprana y la tardía, para que cojáis granos, y vino, y aceite."
(Deuteronomio. Cap. 11. vers. 14). (1)

---

tratándose de un escritor de léxico abundante y variado, sorprende no poco su predilección por el epíteto.

Lo hemos hallado también, pero con mucha menos frecuencia, en Fernando de Herrera, en Lope de Vega, y en Góngora, a quien pertenece la original calificación siguiente:

En verdes hojas cano el de Minerva
Arbol culto, del sol yace abrasado,
(Soneto CXXIV).

(1) Véase muy parecida frase en el "Nuevo Testamento". Epístola a Santiago. Cap. 5, vers. 7.

El hombre debe distinguirse de los seres inanimados; por eso clama:

33. No imitemos la tierra siempre dura
A las aguas del cielo y al arado,
Ni la vid cuyo fruto no madura.

Y si por acaso Fabio ha seguido equivocada ruta, su amigo lo apostrofa enérgicamente, preguntándole:

34. ¿Piensas, acaso, tú, que fué criado
El varón para rayo de la guerra,
Para surcar el piélago salado.—
35. ¿Para medir el orbe de la tierra
Y el cerco donde el sol siempre camina?
¡Oh, quien así lo entiende, cuánto yerra!

Al notar que una misma interrogación abarca dos estrofas, sin perjudicar al ritmo ni a la claridad de los pensamientos, recordamos el elogio de Quintana, aplicable a la epístola íntegra, y muy especialmente a pasajes como el que comentamos: "La pesada cadena del tercero, que ordinariamente es tan ardua para los poetas como penosa para los lectores, escribe el gran lírico e insigne crítico, parece aquí un juguete que sirve a la grandeza y al movimiento".

El yerro de "quien así lo entiende", se explica, porque:

36. Esta (1) nuestra porción, alta y divina,
A mayores acciones es llamada
Y en más nobles objetos se termina.

Más que la profundidad filosófica de las afirmaciones, el lector se impresiona con la paráfrasis empleada para designar el alma humana.

---

(1) Sobre los versos que comienzan con "esta" y los demás pronombres demostrativos, recuérdese lo dicho a propósito del primer verso de la "Canción a las Ruinas de Itálica".

Un paso más en la ciencia del espíritu dan los tercetos siguientes, sin que la hondura de las ideas perjudique la musicalidad del verso.

37. Así aquella que al hombre sólo es dada,
Sacra razón y pura, me despierta,
De esplendor y de rayos coronada;
38. Y en la fría región dura y desierta
De aqueste pecho enciende nueva llama
Y la luz vuelve a arder, que estaba muerta.

Con este giro novedoso, que recuerda las ideas platónicas, se alude a la filosofía y al amor a la ciencia.

La vida del filósofo no condice con la inquietud de la vida mundana; de ahí el dicho del poeta:

39. Quiero, Fabio, seguir a quien me llama,
Y callado pasar entre la gente,
Que no afecto los nombres ni la fama.

La serenidad que respiran estos versos contrasta con el tono amargo de los que siguen:

40. El soberbio tirano del Oriente,
Que maciza las torres de cien codos
Del cándido metal puro y luciente,
41. Apenas puede ya comprar los modos
Del pecar; la virtud es más barata
Ella consigo mesma ruega a todos.

El divino Herrera con aquel famoso

"El soberbio tirano confiado, etc." (1)

está presente en el primer verso copiado, precediendo a la hipérbole genuinamente andaluza de las torres de plata, dichas de cándido metal, por elegante perífrasis.

(1) Canción en alabanza de la Divina Majestad por la victoria del señor Don Juan. Verso 11.

El segundo terceto clausura la parte de la epístola que podría llamarse filosófica por excelencia. La concisión del último verso y su ritmo seco se avienen con la idea expresada y con la situación de aquel

42. ¡Pobre de aquel que corre y se dilata
Por cuantos son los climas y los mares,
Perseguidor del oro y de la plata!

Con tan sentida exclamación se descarta toda idea de egoísmo y se pone de relieve la inclinación humanitaria del escritor. Horacio y Rioja, habíanle precedido en la expresión de análogas ideas:

En el poeta latino leemos:

"Huyendo de la pobreza, como mercader intrépido, corres a los confines de la India, a través de los mares, los escollos y el fuego."
("Epístolas", Libro I, Epístola I, Mecenas).

Y en el imitador sevillano:

"..... ¡Oh, Mario,
No venal por la púrpura ni el oro!
En vano me aconsejas que sulquemos
Mares que en breve airados temeremos."
(Canción VIII. "A la Tranquilidad". Imitación de Horacio).

La vida del discreto es muy sencilla: en tres endecasílabos se describe:

43. Un ángulo me basta entre mis lares,
Un libro y un amigo, un sueño breve,
Que no perturben deudas ni pesares."

Ya hemos notado la maravillosa concisión de algunos versos de la "Epístola"; no vamos a repetirlos ahora.

Oigamos su manera de encarar las materialidades de la existencia:

44. Esto es tan solamente cuanto debe
Naturaleza al simple y al discreto,
Y algún manjar común, honesto y leve.

Bastante inferior es la siguiente estrofa. A su respecto, escribió Quintana: "Yo diría que aquellos versos

45. No, porque así te escribo, hagas conceto
Que pongo la virtud en ejercicio;
Que aún esto fué difícil a Epiteto.

bajan algún tanto del tono general de la epístola y en mi dictamen tocan en prosaicos".

Campillo, a su vez, anota: "prosaica es la estructura del terceto: más bien que de Rioja, parece hecho por alguno de los Argensola". No lo acompañamos en su ironía, ni tampoco en su lenguaje.

Poco nos detendremos en:

46. Basta al que empieza aborrecer el vicio,
Y el ánimo enseñar a ser modesto:
Después le será el cielo más propicio.

cuya inspiración no es muy brillante, para copiar en seguida:

47. Despreciar el deleite no es supuesto
De sólida virtud; que aún el vicioso
En sí propio le nota de molesto.

"La aversión al vicio, es el principio de la virtud", estampó en la primera de sus epístolas el lírico de Venusa. Si el pensamiento gana, desde el punto de vista moral, con la modificación del poeta español, también supera en belleza al modelo.

Nótese, además, el giro *no es supuesto*, en el sentido de no es prueba, no es señal.

48. Mas no podrás negarme cuán forzoso
Este camino sea al alto asiento,
Morada de la paz y del reposo.

Esta forma perifrásica para designar el cielo, trae a la memoria la tercera estrofa de la "Noche Serena", del inmortal Fray Luis de León:

"Morada de grandeza
Templo de claridad y hermosura, etc."

El segundo verso con la sinalefa y la cacofonía de *sea al alto*, es el más defectuoso de toda la obra.

Consecuente el autor con el procedimiento seguido en anteriores versos, las ideas emitidas se ilustran con un ejemplo:

49. No sazona la fruta en un momento
Aquella inteligencia que mensura
La duración de todo a su talento.

Un nuevo giro idéntico al señalado en la estrofa 32, emplea el poeta para no designar directamente a Dios. La expresión *a su talento* por *a su arbitrio*, es genuinamente italiana, y no se encuentra en ningún escritor contemporáneo, según la autorizada opinión de Quintana.

El ejemplo se desenvuelve en el terceto:

50. Flor la vimos primero, hermosa y pura,
Luego materia acerba y desabrida,
Y perfecta después, dulce y madura;

Hermosilla, que censura, con su acostumbrada acritud, el procedimiento de aplicar a cualquier objeto varios epítetos sin relación ninguna entre sí y sin reque-

rirlo las ideas a expresarse, sienta la regla (bastante arbitraria) de que si conviene el empleo de dos, ambos deben expresar cualidades análogas.

De acuerdo con ese criterio, considera cuán bien hermanados, y "por decirlo así, cuán conspirantes" son los contenidos en el quincuagésimo terceto.

"La flor, — añade, — es *hermosa*, porque es *pura*; la fruta no sazonada es *desabrida*, porque es *acerba*; y ya en sazón es *dulce* porque está *madura*. Esto se llama saber hermanar los epítetos".

Temeroso de ser reprochado por "inútiles y metafísicas sutilezas", Hermosilla se defiende con la autoridad de Blair. No vamos a seguirlo en ese terreno, sin recurrir a sutilezas; nos basta invocar el consenso unánime de la crítica para calificar el terceto entre los mejores.

Hasta el ritmo con su linda alternativa; dulce en el primer verso, enérgico en el segundo y de nuevo, suave en el postrero.

La conclusión moral que surge del ejemplo, se expresa con suma sobriedad:

51. Tal la humana prudencia es bien que mida
Y dispense y comparta las acciones
Que han de ser compañeras de la vida.

A renglón seguido el numen sereno del poeta, estalla en santa indignación:

52. No quiera Dios que imite estos varones
Que moran nuestras plazas macilentos,
De la virtud infames histriones;

La expresión *infames histriones de la virtud*, el epíteto de macilento y el ritmo difícil de los endecasílabos, denotan la profunda irritación del poeta contra los hipócritas de su tiempo. No se aparta en ella de las máximas cristianas: el Evangelio enseña que Jesús

protegió a la adúltera, perdonó a la Magdalena y fué manso cordero con sus verdugos, pero también nos cuenta el Santo Libro la suerte que cupo a los mercaderes del templo y la severidad del Mesías con los Fariseos.

Nota Marchena, que sólo en esta oportunidad "el virtuoso y filósofo poeta", da rienda suelta a los arrebatos de su indignación. Y a fe que, por ser la única vez, su pluma dejó profunda huella, primero en el terceto ya copiado, y después, en la cruel alusión del terceto posterior:

53. Esos inmundos trágicos, atentos
Al aplauso común, cuyas entrañas
Son infaustos y oscuros monumentos.

brillante paráfrasis de un versículo de San Mateo:

"¡Ay de vosotros, Escribas y Fariseos hipócritas! porque sois semejantes a los sepulcros blanqueado, los cuales por afuera parecen hermosos a los hombres, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de todo género de podredumbre."

(Evangelio según San Mateo. Cap. XXIII, vers. 27).

Después de la fogosa invectiva, retorna el numen a su inspiración majestuosa y apacible, a cuyo influjo se deben otras dos estrofas consideradas entre las más hermosas de la obra.

54. ¡Cuán callada que pasa las montañas
El aura, respirando mansamente!
¡Qué gárrula y sonante por las cañas!
55. ¡Qué muda la virtud por el prudente!
¡Qué redundante y llena de ruido
Por el vano, ambicioso y aparente!

Los retóricos se han esforzado en señalar las distintas bellezas de este pasaje. A vuelo de pluma, enumeraremos las principales.

En primer término, sorprende la serie de admiraciones hábilmente enlazadas unas con otras. Cabe idéntica observación sobre las comparaciones, exactas y hermosas, que ilustran ideas cuya expresión escueta, hubiera adolecido de vulgaridad.

La dulzura de los versos y la repetición de una misma letra en algunos de ellos, los convierten en un dechado de armonía imitativa. En Ercilla, en Fray Luis de León, en la mayoría de los poetas españoles, solemos encontrar imitaciones felices de la música del céfiro en los jardines. Ninguno, sin embargo, llega a la perfección y a la riqueza de matices alcanzada en los últimos versos copiados.

EUSTAQUIO TOMÉ.

(Concluirá).

DEZIR DE LA ROSA

Rosa, rosa,
Flor alada al aura leve.
Tú, que fuiste
Allá, bajo el cielo rosa,
Puro y triste,
Suavidad de una mañana
Dulce y breve,
¿Dónde, dónde, flor humana,
Soñorosa,
Tú te fuiste?

Pregunté a la eterna brisa,
Viajero en el reino triste...

Y del tierno azur que añoro,
Rocío que un sueño irisa,
Vi, constelados de lloro,
Pétalos de su sonrisa
Volar en la eterna brisa
De la mañana de oro...

ABEL DE FUENTES.

TRES SONETOS

A LA SOÑADA ANTILLA

(A Daniel Martínez Vigil)

I

Tenso el albo velamen, navegas, mi barquilla,
indiferente al Euro que ruge, a las sirenas
que emergen entonando falaces cantilenas
y al puño del abismo que golpea tu quilla.

¿A dónde vamos? Vamos a la soñada Antilla
de las idealidades más altas y serenas,
isla sagrada en cuyas blanquísimas arenas
el pie de Calibán no pone su mancilla.

Mientras la vida alumbre mi ruta de esperanzas,
tu prora irá sedienta de azules lontananzas.
Mas, si antes, enemiga, anocheció tu suerte,

sin mengua fondearemos en brazos de la Muerte,
que es gloria ya haber sido, mi bien probado leño.
pilotos de alta mar en el mar del Ensueño.

SÉMINA VIRESCUNT

(Al Dr. Julio Lerena Juanicó)

II

El surco de mi siembra lo he trazado
bajo la plena radiación de un día
sereno y claro como el alma mía,
junto a la agreste senda de un collado.

Oprimiendo la estera del arado,
puse en las glebas toda la alegría
del afán interior que fué mi guía.
¡Que mi afán se haga fruto en el sembrado!

Y que sin restrictivos valladares,
con el crujir de espigas y panojas
diga, en mi nombre, un alto en el camino

a todo viandante y peregrino,
fraternalmente, así como las hojas
dicen su alto a los rayos estelares.

EL BUEN CABALLERO

III

Del páramo hostil de mi vida en un pétreo sendero,
marchando a mi encuentro, surgió su gallarda visión.
Fulgía la lanza; fulgía en su frente el acero
del yelmo, con límpido brillo de heroica ilusión.

Llegóse a mi lado. Su verbo cordial y severo,
forjado en un alma sin menguas, ganó mi razón,
y en cada fulgor de los ojos del "Buen Caballero"
sentí los reflejos sublimes de su corazón.

Tú ves, ¡oh! Quijote, subir la malandrinocracia;
tú ves cómo el hampa sus hambres atávicas sacia
y arrastra por Sierra Morena justicia y moral...

Le dije. Y repuso: No pienses en el Clavileño.
En vez de subir a la etérea región del ensueño,
con lanza y adarga luchemos aquí contra el mal.

JERÓNIMO ZOLESI.

MÚSICA DE FIESTA

Hay en la casa de la amada, fiesta;
las flautas locas a la danza invitan;
y en su balcón el alba me sorprende
poniendo en verso la amorosa cuita:
mariposilla que la luz seduce,
eso es mi vida.

Antaño, en esta noche, yo le enviaba
todas las flores que a mi paso había.
Otras palabras no dejé que oyera
henchidas de pasión como las mías.
¡Y de mi casto amor era el encanto
su leve seno que recién nacía!

Con un dolor igual ruedan mis horas,
en el recuerdo de su amor ungidas.
Una mujer, pueden decir mis versos,
pena y poesía
volcó en mi alma para todas estas
amargas noches de mi mala vida!

¡Oh, música de fiesta! ¡Qué martirio
son para el triste las ajenas dichas!
Cual saetas, clavadas
llevo en el corazón las melodías.
Cruel es saber que, acaso,
la que tanto se quiso nos olvida...

SEGUNDO BARREIRO.

ANUNZIA

Un prolongado silbido precipitó el fin de nuestro almuerzo, y, paladeando aun el último sorbo de café, franqueamos a saltos la corta distancia que media entre el restaurant y la estación.

Repantigados de nuevo en sus asientos, mis compañeros de tournée, iniciaban una cómoda digestión, amenizada por su charla vivaz e ingeniosa y por el suave aroma de sus excelentes *charutos*, mientras que yo, fatigado un tanto y bajo el peso del intenso calor de diciembre, me dejaba vencer por una irresistible modorra que insistía en unir mis párpados.

Las tres horas de viaje entre Porto Alegre y Montenegro, no me habían resultado, en verdad muy agradables. Las bellas perspectivas del trayecto, éramos ya asaz conocidas, y la amena conversación de los compañeros tenía forzosamente que languidecer en tres horas seguidas. Además, la idea y los preparativos de la excursión improvisada, me habían robado el sueño la noche anterior y estaba un tanto malhumorado. Por otra parte, viajábamos bastante incómodamente, pues el vagón era pequeño e iba repleto: hacendados, corredores, conscriptos y curas. Uno de estos últimos, grueso y coloradote, párroco, seguramente, de alguna colonia alemana, colocado del otro lado del pasillo y

un asiento más al frente, con su ancho sombrero de fieltro blando-interceptaba mi visual cada vez que intentaba tenderla sobre el paisaje a través de la ventanilla. Insistía en tener cubierta su gran cabeza, y a mis miradas de encono respondía con un gesto de ironía y mansedumbre que me enervaba.

Un nuevo silbido seguido de una serie de pequeños choques y gemidos de ejes, me arrancó de mi somnolencia. Los compañeros continuaban charlando e inundando de humo el vagón.

A marcha lenta, cruzábamos las soleadas laderas, y San Juan de Montenegro, esparcido pintorescamente en la base del cerro que la custodia, se entregaba a la siesta bajo los ardientes rayos de un sol de mediodía.

El tren corría ahora velozmente hacia el Norte por entre campos cultivados, como si tuviese prisa en alcanzar las sierras que a lo lejos recortaban el horizonte en línea sinuosa, y en recibir su hálito refrescante y animador.

Hacia la izquierda, el paisaje comenzaba a transformarse; dilataban la perspectiva vastas hondonadas en cuyo fondo destacábase a veces una pequeña aldea de tejados rojos que contrastaban con el intenso verde de la campiña. A la derecha, no me atrevía a mirar por temor de encontrarme con el ancho sombrero de mi cura obsecuente y con su faz irónica y desafiante. Sin embargo, ¡oh sorpresa agradable! Al insinuar una ojeada exploradora, percibí que el sombrero no estaba ya en su lugar y, alentado por este feliz descubrimiento, enfoqué resueltamente el ángulo del vagón y me convencí de que la mole del cura había desaparecido para dar lugar a una silueta femenina vestida de azul.

¿Será joven? ¿Será bonita? me interrogaba, mientras sacudía el polvo de mis hombros y componía el nudo de mi corbata. Pero, la nueva compañera de viaje mostrábase poco dispuesta a satisfacer mi curiosidad: asomada a la ventanilla, parecía muy interesada en la contemplación del paisaje.

Tosí varias veces, sin resultado, y comencé a hablar en voz alta y en castellano, con mis amigos, procurando atraer su atención.

Una anécdota sabrosa y el coro de carcajadas que la festejó, provocaron el acontecimiento esperado: el vestido azul se movió; surgió un busto, una cabeza rubia envuelta en gasas y en la cabeza un par de ojos claros y profundos que, desde luego, causaron sensación en el grupo.

Dos de los compañeros se aprestaron a disputarme la atención de la viajera, pero vanamente, porque los ojos claros parecían ausentes y fatigados, indiferentes en absoluto a cuanto los rodeaba.

Favorecido por mi posición, inicié decididamente el ataque, pero mis miradas parecían molestar a los ojos claros que se obstinaban en vagar por las lejanías. Aproveché su indiferencia para observarla con detención: vestía con sencillez y esmero, tendría a lo sumo veinte años, y a juzgar por el tono de su tez y de sus cabellos, debía ser de origen extranjero. La boca era bien dibujada, de labios frescos y algo abultados. Sus manos eran bonitas, pero no estaban cuidadas, y en ellas, como en lo visible de sus brazos y aun en su propia cara, el sol había puesto un barniz levemente dorado. Hija de colonos, tal vez, familiarizada con las tareas del campo y respirando el aire fuerte de la tierra que vigoriza los pulmones y endurece el cutis. No obstante, esos detalles que acusaban una vida rústica no atenuaban el estallido de su belleza juvenil y vigorosa, que realzaba el brillo intenso de los ojos claros, largos y sombreados de largas pestañas.

Finalmente, y por breves instantes, nuestras miradas se encontraron y me estremecí. Los ojos claros demostraron, primero indiferencia, luego curiosidad, después atención, para volver a la indiferencia en seguida. El choque duró pocos segundos y quedé asombrado del extraño poder de expresión de aquella mirada.

Otra vez y otra vez y varias veces más fué necesario que provocase encuentros, para que los ojos claros mostrasen un poco de interés; luego no sé lo que pasó por mí: el vértigo de la conquista me poseyó, perdí la noción del tiempo y el contacto con mis compañeros, y la nueva expresión tierna y dulce de los ojos claros, me inundó el alma de gozo y bienestar.

El convoy se detuvo en una pequeña estación a la entrada de la sierra. Quise aprovechar la oportunidad para iniciar un diálogo desde el andén, pero un conscripto se me había adelantado y durante breves instantes me sentí inquieto y hasta celoso. Al reanudar la marcha, el militar siguió su plática, en pie, porque el asiento de los ojos claros estaba aislado. Demostré mi desagrado y los ojos claros sonrieron picarescamente.

El conscripto dirigíase, también, a una señora anciana que ocupaba el asiento próximo y en la cual no había reparado: era la madre de la de los ojos claros. El tema de la conversación me tranquilizó luego; hablaban de su pueblo, de sus amigos; el conscripto sacó una cartera y de la cartera un retrato: era el de su novia. Los ojos claros volvieron a sonreirme.

El tren subía y subía: la máquina jadeaba, y los paisajes soberbios se sucedían, rivalizando en riqueza

de detalles y de matices. Los amigos, absortos en la contemplación del panorama, habían cesado de hacerme objeto de sus bromas a causa de aquel flirt no previsto en el programa de la excursión.

En *Linea Bonita*, una estación ya en plena Sierra, hablamos. Un cumplimiento banal y la consabida presetación mutua. Se llamaba Anunzia e iba para "Bento Gonçalvez"; su padre era italiano y agricultor, y ella volvía de Montenegro donde tenía una hermana casada. Luego, como el tiempo era breve, las frases cálidas sustituyeron a los cumplidos y los informes. Agotó lo imposible mi ingenio para ahorrar los segundos, y mientras mis palabras volaban audaces, Anunzia sonrojábase y los ojos claros brillaban y se entornaban, alternativamente, con sorpresa o con fruición.

Cuando la locomotora arrancó, puso su mano en la mía; una mano cálida y pequeña que sentí impulsos de besar ardientemente.

Desde *Linea Bonita* hasta *Carlos Barbosa*, el trayecto es verdaderamente encantador. A un lado, la Sierra, en cuyo flanco abrupto la piqueta ha hendido un corte estrecho y vertical para sentar los rieles, cubierta de vegetación exuberante cuyas raíces y brotes afirman la muralla entretejiéndose como redes gigantescas; al otro, el valle, vasto y profundo, recortado en tablones de colores diversos, de donde surge toda esa riqueza de producción que da vida a la zona colonial. Lejos, muy lejos, un grupo de casitas que dominaba el campanario como un pastor vestido de blanco; aquí y allá, minúsculas figuras de labradores guiando sus arados tirados por bueyes que parecían de juguete; en el fondo y como incrustada en el ijar de la Sierra, una estación que habíamos dejado cien metros debajo de nosotros; y allá, arriba, las cumbres onduladas de los montes, vagas y brumosas, debajo de un cielo magnífico de azul y de oro.

Era tan intenso el poder de toda aquella belleza, que un instante me hizo olvidar de mis ojos claros. Cuando volví a ellos, los encontré puestos en mí, como estudiando en mi fisonomía los efectos del cuadro maravilloso. "Vengo en busca de paisajes bellos", le había dicho yo, "pero temo que nada pueda impresionarme ya, después de haber sentido fijos en los míos, sus ojos claros". Y ahora, Anunzia sonreía indulgente, mientras sus menudos y blancos dientecitos se hincaban en una manzana. Hice un gesto, como si quisiera morder en la misma manzana; Anunzia lo comprendió y me la ofreció disimuladamente; ¡No podía tomarla! Cuando la manzana desapareció, repetí el gesto y ella volvió a comprenderlo, pero esta vez los ojos claros me miraron duramente y se desviaron luego con enfado.

¡El túnel, el túnel!, exclamó en esos momentos uno de los compañeros, llamando mi atención hacia un punto negro que se destacaba en la rápida pendiente. Veloz, cruzó por mi mente una idea loca y audaz. Interrogué sobre la duración del trayecto, clavando mis ojos en los de Anunzia: quince o veinte segundos, me contestaron. Los ojos claros abriéronse más que nunca y me miraron con sorpresa y azoramiento.

Estábamos ya cerca; la máquina silbó largamente; me puse de pie y el corazón latióme violentamente.

No alcancé a descifrar, entonces, la expresión de los ojos claros, porque súbitamente nos hallamos envueltos en densas sombras.

. . . . . .

¡Quince segundos! ¡Veinte! ¡Un minuto o dos horas? No pude precisarlo. Al hacerse la luz volví en

mí. Ardíanme los ojos y las sienes me martilleaban horriblemente.

Anunzia, con los párpados entornados, dejaba de nuevo vagar su mirada por las lejanías; su cabeza caía, lánguida, sobre el respaldo del asiento y una vaga sonrisa entreabría sus labios húmedos. Yo guardaba en los míos un extraño sabor de fruta silvestre, como si los hubiese posado en el alma misma de la Sierra.

Hasta *Carlos Barboza*, nuestras miradas no se separaron un instante. La idea del próximo fin de aquel breve romance, me apenaba seriamente, y luego, había en mis ojos claros una tan bella expresión de dulzura y tristeza!

De *Carlos Barboza* parte el ramal a *Bento Gonçalvez;* Anunzia debía descender allí.

Resueltamente les comuniqué a mis compañeros que no seguiría viaje, y no les costó poco trabajo disuadirme de la aventura.

En la estación la esperaban algunas amigas y parientes.

El tren se detuvo más de un cuarto de hora, pero apenas pudimos trocar breves palabras. Le prometí ir hasta Bento Gonçalvez a mi regreso de la Sierra, y si no me fuera posible, enviarle noticias. En el invierno, nos encontraríamos en Porto Alegre.

Sonó la campana; su mano tembló en la mía, como un pajarillo asustado y los ojos claros se velaron un instante.

Largo rato permanecí en la plataforma, y, cuando el tren se internaba en la última curva visible, pude aun divisar a lo lejos, en el andén, la gasa clara y el vestido azul que agitaba la fuerte brisa de la tarde.

No he vuelto por aquellos parajes. Tampoco he sabido nada de Anunzia ni torné a verla más; pero, la *dulce saudade* de aquellas horas de viaje, me asalta frecuentemente y evoco con fruición la belleza de los paisajes, el vestido azul, el túnel, el encanto incomparable de los ojos claros y el extraño sabor de fruta silvestre que quedó en mis labios, como si los hubiese posado en el alma misteriosa de la Sierra.

JUAN J. BAJAC.

Salto, 1924.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

"La gota de agua".—Por José B. Pedroni.—Buenos Aires.—1923.

"Olvidando al pequeño volumen, poco conocido, que apareció con las composiciones de mis veinte años, éste es mi primer libro", declara José B. Pedroni en el pórtico de "La gota de agua". Si no fuera por la transcripta advertencia preliminar, a fe que juraríamos que esta obra que comentamos, es un balbuceo juvenil. Siendo como es, un segundo libro —y en ignorancia de ese pequeño volumen de sus veinte años— nuestra opinión vacila un tanto en exteriorizarse, temerosa de herir ese adorable orgullo de los autores todavía jóvenes. Pero, olvidaríamos nuestra misión y haríamos caso omiso de la responsabilidad que nos incumbe, si ajiaudiéramos esta nueva obra en la que el mal gusto literario asoma tras los resobados temas pastoriles de paisajes arbitrarios, de toponimia fantástica y de originalidad difícil. La abundancia de diminutivos y la repetición de cacofonías insufribles revelan la falta de la labor artística en la depuración del verso, por la acción del scatilo crítico sobre el fruto precozmente cuajado de la inspiración. Y es algo axiomático: poeta que no limpia su verso de las impurezas de la expresión apresurada, tiene que fracasar irremediablemente. El oído es un buen calador de armonías; mas el verso debe llevar el lastre de la emoción o de la idea, y éstas no suelen nacer perfectas sino después del pulimento que requiere todo lo que aspira a perdurar. Todo esto sin que se olvide que el verso ha de ser elegancia verbal, y no cajón donde las palabras estén impedidas de colmar un molde métrico y rítmico cualquiera. Por fortuna, Pedroni, en su "Dedicatoria" expresa el mejor juicio de su propia obra:

> "Entorné las puertas, y salí de viaje
> con mis tres burritos a buscar fortuna;
> pero en el camino me hechizó la luna,
> y esta poca cosa sin querer te traje."

Siendo la precedente una convicción del autor, según bien se supone, sólo cabe esperar que se independice del maléfico hechizo lunar, y que nos dé pronto el goce de saborear un buen libro. Así lo deseamos, para bien suyo y para regocijo nuestro.—J. P. B.